

dieran dinero en las colectas dominicales de la iglesia y tacharon al Arzobispo Rummel y sus acciones como una “conspiración Comunista por la Iglesia”. La Legislatura del Estado amenazó con retirar el estado de exención contributiva de las escuelas católicas. Aunque el Arzobispo Rummel tuvo que ir más despacio en la implementación de su plan cuando los oficiales públicos le indicaron que no le podían proveer protección pública en las escuelas, él se mantuvo firme en su decisión.

Cincuenta años más tarde elogiamos a este valiente pionero de la integración racial, aún cuando tratamos de hacer un estudio realista del progreso y de los retos que todavía son nuestros hoy en día.

La Iglesia Católica continúa dándole la bienvenida en sus escuelas a estudiantes de todas las razas y culturas. Durante este año académico, tenemos una inscripción de casi 41,000 niños. Más de 7,000 son Afro-Americanos. Casi 1,500 son Hispánicos. Un poco más de 1,000 son Asiáticos. Doscientos son de otras diferentes razas. Estamos ofreciendo educación a casi 1,500 estudiantes de nuestras escuelas públicas. Muchos de los graduados de nuestras escuelas Católicas han sido los primeros miembros de sus familias en asistir a instituciones educacionales superiores, en tomar cursos profesionales y de negocios y han logrado romper el ciclo de pobreza que oprimía a sus familias.

Ahora estamos en una nueva situación en este tiempo después de Katrina en Nueva Orleans. El sufrimiento doloroso que nos ha afectado junto con las inundaciones devastadoras nos han confrontado con los problemas que no han sido resueltos y que pesan fuertemente sobre nosotros: el inaceptable alto porcentaje de pobreza entre los Afro-Americanos, las opciones limitadas en la educación debido a las deficiencias de las escuelas públicas, el porcentaje desproporcionado de personas sin seguro médico, y la dificultad de encontrar viviendas adecuadas y de bajo costo.

Cuando Katrina azotó nuestra ciudad, yo estaba terminando una carta pastoral sobre la armonía racial. Esta carta se debió haber publicado en septiembre del 2005. El huracán Katrina cambió los planes de la publicación de esa carta, pero no ha cambiado la importancia del tema. Es aún más importante ahora continuar

con la publicación de este mensaje, con la esperanza de que bregando con la verdad sobre la raza, desde una perspectiva de fe, pueda llegar a contribuir en la manera que convivimos en la Nueva Orleans que se ha levantado hoy.

No necesitábamos los días caóticos que siguieron al huracán Katrina para darnos cuenta de que la bondad heroica y la degradación humana pueden vivir par a par en nuestra ciudad. Yo ya había escuchado estas historias en los grupos de foco de feligreses de diferentes razas y culturas cuando se reunían a compartir conmigo sus experiencias. Sus narraciones me ayudaron a comprender cuánto hemos avanzado y cuánto más aún tenemos que recorrer.

En la tradición Judío-Cristiana el agua es una realidad ambigua. En la creación, el libro de Génesis presenta a Dios domando las aguas caóticas en servicio a la vida futura. En el tiempo de Noé, las aguas de la inundación fueron muy destructivas, pero ofrecieron nueva vida a ocho seres humanos, los animales de la tierra y sus descendientes. En el Mar Rojo el agua ahogó al ejército Egipcio, pero permitió la liberación a los hijos de Abrahán. Cristo escogió el agua para simbolizar y representar ambas, la muerte al pecado y la nueva vida, en el sacramento del bautismo. ¡Qué tremenda gracia sería si las aguas de Katrina (que significa limpieza) no solamente sirvieran para causar devastación, sino también para limpiar la mancha del prejuicio y la división racial, y ayudarnos a mirar hacia una nueva vida de justicia y armonía racial!

## ***Mi Propia Historia***

Cada uno de nosotros en la Iglesia tiene una historia única que contar. Como la mayoría de ustedes saben, yo vengo de Boston, Massachusetts. La comunidad en la cual vivía era totalmente blanca, por consiguiente no tuve que relacionarme con aquellos de otras razas en mi vecindario, iglesia o escuela. No fue sino hasta que ingresé al seminario, que experimenté la amistad de compañeros estudiantes Afro-Americanos y Asiáticos Americanos.

Yo ya había sido ordenado sacerdote cuando la decisión de la Corte Federal en 1973 requirió que se efectuara la